



PÉREZ VEJO, Tomás, *Méjico, la nación doliente. Imágenes profanas para una historia sagrada*, México, Grano de Sal, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2024, 376 pp. y TENORIO TRILLO, Mauricio, *La historia en ruinas. El culto a los monumentos y a su destrucción*, Madrid, Alianza Editorial, 2023, 208 pp.



Desde hace algunos años en México y otros países, gobernantes y movimientos sociales de izquierdas o derechas vienen atizando debates sobre el pasado, derribando monumentos y reviviendo conmemoraciones en medio de disputas ideológicas imbuidas por una mirada histórica de filiación nacionalista. De allí la importancia de colocar en diálogo el libro de Tomás Pérez Vejo y el de Mauricio Tenorio Trillo, que en conjunto aportan una visión sobre la gestación y la vigencia del nacionalismo mexicano.

Méjico, la nación doliente. Imágenes profanas para una historia sagrada, de Pérez Vejo, es resultado de investigaciones y reflexiones iniciadas veinte años atrás y que cristalizan en un texto que, con un potente método para analizar imágenes (la pintura de historia del siglo XIX), demuestra que la llamada historia patria de héroes y villanos fue moldeada por el Estado

decimonónico y consolidada en el Porfiriato, promotor de las fiestas del Centenario de 1910, escenario donde terminó de cuajar dicha memoria que todavía dota de sentido la identidad nacional mexicana.

El libro, que es historia política y cultural, historia del arte y de la Academia de San Carlos; alberga una interpretación en extremo sugerente: plantea que ese relato histórico se forjó siguiendo como modelo el rosario católico y apuntalando un victimismo que encuentra en los extranjeros (ini-ciando con los españoles) a los villanos expoliadores de la nación mexicana. De este modo, se imaginó una historia nacional que tiene sus “misterios gozosos” en el tiempo prehispánico imaginado como “época dorada” de México; seguido de los “misterios dolorosos” representados en la conquista del siglo XVI, vista como martirio y “muerte” del país a manos de España. Finalmente, los “misterios gloriosos” que tuvieron lugar en la Independencia, interpretada como “resurrección” de la nación mexicana.

La historia en ruinas. El culto a los monumentos y a su destrucción, de Tenorio, es un ensayo, pero no por eso menos sesudo y propositivo. Con su estilo provocador e irreverente como sólo él sabe hacerlo, revela que el retiro o destrucción de monumentos que tomó fuerza en los últimos años a nivel mundial, impulsados por movimientos como el *Black Lives Matters*, entre otros, nada tiene de novedoso, pues distintos países a lo largo de la historia han vivido oleadas iconoclastas contra los monumentos que han petrificado la memoria colectiva que ha sido sostén de imperios y naciones.

Aunque el libro de Tenorio abarca procesos trasnacionales, no deja de referir a México y se empata con la obra de Pérez Vejo en el hecho de compartir un hilo conductor tripartito: la iconografía, las interpretaciones del pasado y la identidad nacional. Así, aunque la iconoclastia actual, de la que se ocupa Tenorio, dice responder a lo políticamente correcto, en ella también están presentes la importancia de los relatos nacionales y el quiénes decimos que somos (de quiénes nos decimos descendientes y de quiénes no). Para muestra, el contraste entre el monumento dedicado a Cristóbal Colón y el de Cuauhtémoc, ubicados en el paseo de la Reforma en la Ciudad de México. El primero fue retirado (“enviado a restauración”) después de presiones por parte de movimientos que rechazan el pasado colonial esclavista. En contraste, señala Tenorio, a nadie incomoda que la escultura de Cuauhtémoc esté labrada bajo cánones estéticos heredados de Grecia y Roma antiguas (sociedades esclavistas y medulares en la historia

eurocéntrica). Tampoco nadie se cuestiona por qué un tlatoani azteca y no uno tlaxcalteca, maya o zapoteco. Aquí el libro de Pérez Vejo resulta esclerótico, pues detalla cómo para el nacionalismo mexicano fue imposible asimilar el pasado virreinal y, en cambio, colocó a México como heredero directo del pasado precolombino. Una visión maniquea donde se encumbró a Cuauhtémoc con la fábula del héroe y mártir nacional que confrontó con estoicismo a crueles conquistadores españoles. Así pues, a Colón podemos achacarle la “maldad” con que se hizo la conquista y, al mismo tiempo, pasar por alto el sojuzgamiento que el imperio mexica ejerció contra otros pueblos indígenas.

Pérez Vejo y Tenorio Trillo coinciden también en el carácter contingente de la identidad nacional, sujeta a múltiples (re)interpretaciones del pasado por parte de políticos y movimientos sociales para quienes el combate por la historia es fundamental en su lucha por el presente. Esta manipulación del pasado se comprende si antes entendemos que ningún “pasado nacional” es verdadero, pues todas las naciones son ficciones (“comunidades imaginadas” como reza la célebre frase del sociólogo Benedict Anderson) inventadas para homogeneizar poblaciones y legitimar a los Estados liberales que sustituyeron a los regímenes absolutistas. La nación, como demuestra Pérez Vejo, no existe como realidad natural tangible, es sólo la fe en un relato. Es decir, la nación toma forma cuando la sociedad decide creer en ella y asimilar los mitos, leyendas e íconos que trazan una supuesta genealogía histórica y sanguínea que nos une con sociedades pretéritas de quienes decimos descender.

Para ilustrar lo selectivas que son estas interpretaciones sobre el pasado, Tenorio Trillo pone el “dedo en la llaga” al señalar que por mucho que las organizaciones indígenas derriben esculturas dedicadas a los conquistadores del siglo XVI, les resulta impensable destruir imágenes de santos, vírgenes o cristos, cuyo culto fue implantado por aquellos mismos conquistadores mediante la —no menos violenta— imposición religiosa y persecución hacia los indios “idólatras”. Según la lógica subjetiva del nacionalismo mexicano, los conquistadores son “villanos” en la historia nacional y representan valores reprochables; pero la Virgen de Guadalupe traída por ellos mismos, nos representa sin problema alguno.

Otro aspecto que subyace en ambos libros es la forma en que los regímenes de temporalidad influyen en cómo una sociedad se planta frente a

un pasado que puede considerar concluido o no. Así, Pérez Vejo muestra que, pese a algunos círculos hispanófilos, en realidad los liberales decimonónicos de generación posterior a la Independencia no tuvieron mayor problema para formar un imaginario iconográfico (pinturas o monumentos) que condenara el pasado colonial en América. En contraste, Tenorio Trillo pone de manifiesto lo conflictiva que fue la construcción del Memorial por las víctimas de la violencia (Chapultepec, Ciudad de México, 2012) durante la recta final del sexenio presidencial de Felipe Calderón, caracterizado por una cruenta lucha armada contra el narcotráfico. Aunque el memorial apostó por un arte abstracto que eludió referencias directas a la violencia y sus víctimas, suscitó rechazos debido, entre otras cosas, a que el periodo de crimen y violencia iniciado por Calderón —quien además fue impulsor del memorial— se consideró como una etapa que no había concluido del todo, un pasado que no terminaba de pasar. Por tanto, en torno al memorial surgieron múltiples problemas acerca de a quiénes recordar, cómo y dónde hacerlo, además de la discusión sobre quiénes tenían derecho a impulsar esa memoria.

En general, a lo largo de ambas obras queda claro que, tanto en el siglo XIX que vio nacer los nacionalismos, como en el presente, las imágenes y los relatos sobre el pasado tienen un lugar central para las identidades, ideologías y regímenes políticos. No es fortuito que la pintura de historia decimonónica mexicana todavía sea objeto de culto en museos y se reproduzca en libros escolares y medios audiovisuales que se han sumado a los dispositivos que construyen nación. Los monumentos, por su parte, siguen haciéndonos compañía en las plazas y calles. Podrán ser derribados, pero incluso los pedestales vacíos —señala Tenorio Trillo— interpelan al transeúnte con nuevas ideas sobre el presente y porvenir sustentadas en la crítica al pasado. Quizá esta importancia de la historia sobrepasa a las comunidades nacionales; es como si cada sociedad tuviera la imperiosa necesidad de mirar al pasado para encontrar en él las claves para habitar su presente.

Omar Fabián González Salinas

Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH

ofgonzalez@colmex.mx

ORCID: 0000-0002-0709-6645